

Hugo Bouter

Una bendición séptuple en la Tierra Prometida, y el don del Espíritu

«Cuando el Señor tu Dios te introduzca en esa tierra fértil, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales que brotan de vegas y montes».

Deuteronomio 8:7

Una tierra buena

Dios rescató de Egipto a su pueblo escogido Israel y lo guio por el desierto durante cuarenta años. Los israelitas no debían olvidarlo cuando fueran a entrar en la tierra de Canaán, sino continuar sirviendo a Dios con amor y obediencia para vivir amparados por Su favor en el futuro. Los beneficios que Dios quería proporcionarles exigían de ellos gratitud, además de obediencia a Sus mandamientos. En su discurso, Moisés les recordó la ardua travesía del desierto, pero también miró hacia delante, pensando en la inminente entrada en Canaán.

Vemos estos dos factores en Deuteronomio 8; una mirada retrospectiva y otra al futuro, como lo es la transición del año viejo al nuevo año en cada mes de diciembre. Los israelitas estaban a las puertas de un cambio de fase en su existencia. Por un lado, tenían que acordarse del modo en que Jehová los había guiado por el yermo esos cuarenta años, que habían significado, al fin y al cabo, un tiempo de prueba y error, durante los cuales habían llegado a conocer tanto el mal que anida en su corazón como la bondad de Dios, «que te hizo caminar por aquel

desierto inmenso y espantoso habitado por serpientes venenosas y escorpiones; que en esa tierra reseca y sedienta hizo brotar de la dura roca agua para ti» (Dt 8:15). Con humildad, dependencia y obediencia iban a poder mostrar fidelidad al Señor y, temiéndole, andar por Sus caminos con un corazón valiente. Por otro lado, también había sido para ellos un viaje de preparación para entrar en Canaán, puesto que en aquel instante estaban en vísperas de conquistar la Tierra Prometida. Asimismo, tenían que mostrar la actitud apropiada y un espíritu humilde para aceptar con corazón agradecido los privilegios que les ofrecía el país que Dios quería concederles, y no confiar en que iban a poder tomar posesión de él por la fuerza.

En realidad, era una tierra fecunda la que el Señor quería darles. Después de explorarla, Caleb dijo: «La tierra que hemos recorrido y explorado es una tierra muy buena» (Nm 14:7). Pero por desgracia, los diez espías que volvieron de ella difundieron falsos rumores sobre lo que habían visto (cap. 13:32-33), de modo que los israelitas empezaron a hablar mal de las bondades de Canaán y se negaron a conquistarla. Parece que esto sucedió en el segundo año de travesía, por lo que todavía quedaban treinta y ocho años más de recorrido por unos parajes baldíos antes que aquellos guerreros indomables murieran en el desierto.

Cuando Moisés habló a los israelitas en los campos de Moab, no dejó de repetirles lo buena que era la tierra que tenían que heredar (Dt 1:35; 3:25; 4:21-22; 6:18). Era una tierra que fluía leche y miel (Dt 6:3). El capítulo 8 desarrolla este tema y describe el contraste que ofrece ese buen país con el terrorífico desierto que acababan de cruzar.

Una bendición plena

He aquí una descripción detallada de la tierra a la que el Señor quería introducirlos. Se trataba de:

1. una tierra buena (v 7a, parecido al 10b);
2. una tierra de ríos, fuentes y pozos de agua (v 7b);
3. una tierra de trigo y cebada, con viñas, higueras y granados (v 8a);
4. una tierra rica en olivares y miel (v 8b);
5. una tierra donde no había pobreza y en la que ellos no tendrían escasez (v 9a);
6. una tierra cuyas rocas eran ricas en minerales y donde ellos extraerían cobre de sus montañas (v 9b);
7. una tierra de loanza por las abundantes bendiciones que Dios les ofrecía (v 10).

Aquí tenemos una bendición séptuple de la tierra de Canaán. Moisés describió el contraste de las riquezas de la Tierra Prometida con el desierto en donde Israel había permanecido hasta entonces. Les detalló que allí había suministro de agua, y esto era garantía de la feracidad del lugar (v 7b). También era una tierra abundante en productos de gran valor procedentes de la agricultura y de los árboles y plantas que había (v 8a). La exuberancia del aceite de oliva y la miel era destacada en aquel lugar (v 8b), de manera que nadie que fuera a comer pan lo haría con escasez, sino sobradamente.

Además, el suelo era rico en hierro y mineral de cobre (v 9). Puede que esto nos haga pensar en la zona al este del Jordán, en el norte del país y en el Líbano (Dt 3:11; 33:25; 2S 8:8; 1R 7:46). El cuadro se completa con la imagen de un pueblo agradecido, pues iban a poder comer allí hasta saciarse y a alabar a Dios por Sus favores (v.10).

La Tierra Prometida les ofrecía la seguridad de una vida generosa y privilegiada. De la misma manera, Cristo da a los suyos Su propia vida para que la puedan tener en abundancia, por lo cual podemos alabarle muy agradecidos (Jn 10:10). Las bendiciones de Canaán corresponden a los muchos privilegios que el cristiano tiene en los lugares celestiales. De manera similar, esta herencia es también agradable para todos nosotros (cf Sal 16:6). Los poderes hostiles de Canaán son una imagen de las autoridades y potestades de los lugares celestiales que quieren negarnos la posesión de nuestra herencia (Ef 6:10).

El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha bendecido con muchas bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3vv). No es difícil encontrar siete, o más bendiciones incluso, en el capítulo 1 de Efesios. Nuestras bendiciones tienen que ver con el conocimiento que tenemos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En esto se basa nuestra posición filial de hijos y herederos. Y el fruto que deberíamos mostrar es de agradecimiento y adoración a la Fuente de toda bendición, como dice el apóstol: «Bendito (o alabado) sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Ríos, fuentes y pozos de agua

Nos limitaremos a hablar aquí de la primera bendición de la tierra: el agua. Por toda Canaán corría el agua, pues Dios lo había diseñado así. Canaán no era como Egipto, de donde migraron los israelitas. El Nilo irrigaba este país tras la estación de la siembra. En cambio, en Canaán ellos esperaban la bendición que descendía del cielo, pues la tierra era regada por el agua de la lluvia. El Señor se ocupó de que

fuera así porque sus ojos estaban siempre puestos en el comienzo y final de cada año (Dt 11:10-12).

Por lo tanto, la bendición que debían esperar provenía solamente de Él, no de los dioses cananeos del clima, que pensaban que controlaban el curso de las estaciones y podían hacer llover y dar fecundidad a la tierra (Dt 8:19). La adoración de los ídolos se celebraba bajo cada árbol de hoja perenne (Dt 12:2). Si los israelitas servían al Señor con corazón agradecido, Él les enviaría la lluvia en el tiempo preciso, la temprana y la tardía, para producir grano y que ellos pudieran recogerlo, así como vino y aceite. Pero si no cumplían estas expectativas y se volvían a los ídolos, el Señor cerraría los cielos para impedir la lluvia y que el suelo fuera árido (Dt 11:13-17). Entonces morirían en una tierra buena que el Señor les había dado. Un ejemplo de este tipo de disciplina lo vemos en un episodio de la vida de Elías (1R 17:1).

Como hemos dicho, las corrientes de aguas son una imagen del don celestial que hemos recibido como creyentes: a todos se nos ha dado de beber de un Espíritu (1Co 12:13). La lluvia temprana habla del derramamiento del Espíritu en Pentecostés (Hch 2), y la tardía del derramamiento del Espíritu en los últimos días (Zc 10:1). Es el Espíritu quien abre las entrañas del terreno y hace fructificar la tierra buena que hemos recibido como cristianos, los campos de bendiciones en los lugares celestiales. Si sembramos en estos campos, segaremos del Espíritu vida eterna (Gál 6:8). La vida eterna, el preciado fruto de la tierra buena que se nos ha prometido, es el conocimiento que obtenemos del Padre y del Hijo, así como nuestra comunión con ellos (Jn 17:3).

Al leer acerca de «una tierra de corrientes de agua, fuentes y pozos», lo que nos viene a la memoria es la abundancia y la rica actividad del Espíritu en el país. Y cuando pensamos en estas corrientes no debemos imaginarnos unos riachuelos de aguas someras, sino que eran ríos y arroyos. Dios visitaba la tierra y la proveía de abundancia; el río de Dios baja lleno de agua (Sal 65:10-11). Las fuentes proliferaban en la tierra y las aguas subterráneas producían su burbujeante actividad en la superficie. Para nosotros, el Espíritu es la Fuente del agua viva que mana para vida eterna (Jn 4:14). Los pozos de agua hacen referencia a que estas aguas eran profundas, contenidas en acuíferos subterráneos (cf. la bendición de José en Gn 49:25 y Dt 33:13). Esto nos lleva a pensar en las profundidades de Dios, en los misterios de la sabiduría divina que el Espíritu ha revelado y de los que ha dejado constancia en el Nuevo Testamento (1Co 2).

En las montañas y en los valles

Las aguas se encontraban por todas partes en la tierra, en las montañas y en los valles. Podían verse en las llanuras, pero también en las colinas (Ez 31:3-4). Dios no da el Espíritu por medida (Jn 3:34). Donde sea que nos encontremos en la tierra de la promesa de Dios, las bendiciones discurren por todos sitios. Las aguas vivas regurgitan en los valles y las montañas, y si no sabemos ver la actividad del Espíritu en nuestra vida, tenemos que buscar la razón en nosotros. El Espíritu puede ser contristado, incluso apagado, por nuestra causa (Ef 4:30; 1Ts 5:19).

¿Anhelas tener gratis estas corrientes de agua del Espíritu? Él quiere hacer realidad tus deseos en cada aspecto de tu vida. Un bello ejemplo lo ilustra la vida de Acsa, hija de Caleb, en el capítulo 1 de Jueces. Cuando conquistaron la ciudad de Debir, en las tierras altas y bajas colindantes con Judá, ella se convirtió en la esposa de Otoniel y pidió la dote a su padre. No quería solamente una porción de la tierra, sino también sus fuentes de agua. Su padre le satisfizo el deseo: «Hazme un regalo, ya que me has dado tierras en el Négueb, dame también manantiales de agua» (Jue 1:15).

La tierra no estaba completa sin sus fuentes. Caleb le había regalado a su hija una porción de tierra arable, pero no era suficiente. Para convertir una tierra yerma en fértil, se necesitaban las fuentes de agua que bajaban de las montañas e iban a parar a los valles. Al igual que Acsa, también hemos recibido bienes y posesiones espirituales, pero ¿somos conscientes, como ella, de que no podemos prescindir de las fuentes de aguas vivas, ni de los actos poderosos del Espíritu de Dios?

Caleb le dio a su hija los nacimientos de las aguas y sus remansos. Esto compone un hermoso cuadro de lo que Dios nos ha dado para llevar fruto para Él. Las fuentes nos recuerdan a Cristo en la gloria, que nos ha vestido de poder desde lo alto. Qué gozo es verle con el ojo de la fe, el Señor glorificado a la diestra divina. Y la manera en que satisface nuestras necesidades como el gran Sumo Sacerdote y Abogado delante del Padre. ¡De qué manera transforma nuestras vidas para ser cambiados a su imagen de gloria en gloria.

Los remansos indican la actividad que produce el Espíritu en nosotros. Él mora sobre la Tierra y quiere llenarnos el corazón. ¡Qué fuentes de bendición manarán de nuestra vida si seguimos buscando el frescor de esta Fuente y actuamos de acuerdo con el libre ejercicio de Su voluntad! Y qué fruto producirá la tierra puesta a nuestro cuidado cuando el Espíritu dador de vida siga derramándose sin impedimentos sobre el terreno árido y baldío que nos rodea!

OudeSporen 2021

